EL ADVENTISTA ORIGINAL PIONERO

03 de Noviembre de 2026 Nº 46



La Reforma Protestante PROFETIZADA *(p.2)*

Felicidad a pesar de las circunstancias - *F. F. Bastidas* (p. 28)

Unidos contra… “La Verdadera Reforma Protestante” - ***(p.16)***

La Reforma Protestante

Profetizada en Mateo 24 y Apoc 2

Por: John García

La Biblia del Oso y un aniversario

Aquí les quiero mostrar esta Biblia que tengo en mi posesión, con un osito en la portada: la Biblia del Oso, un facsímil de la Biblia de Casiodoro de Reina de 1569.
¿Y por qué se la muestro hoy? Porque hoy estamos celebrando, por así decirlo, que hace 509 años un monje agustino clavó en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg, en Alemania, 95 tesis. ¿En contra de qué? De las corrupciones que estaban haciendo la Iglesia Católica y sus obispos. Martín Lutero. Sí, señor.
Eso fue en Alemania, pero para los de habla hispana el símbolo de la Reforma es esto, la primera Biblia traducida al español. Es la que vamos a usar hoy para hablar de la iglesia.

¿Levantada por Dios o por el hombre?

Así como con internet han surgido muchos ministerios que hablan de la verdad presente, también han surgido muchos autodenominados apologetas católicos que ponen en duda la Reforma. Entonces vamos a responder esta pregunta: ¿fue la Reforma protestante un movimiento levantado por Dios o fue levantado por el hombre?

Y la segunda pregunta: ¿cuál era la iglesia de Cristo en ese tiempo? Porque si cuando Lutero hizo esa obra la Iglesia de Cristo era la iglesia de Roma, entonces realmente Lutero fue un rebelde, un apóstata, un hereje. Pero si no lo era, entonces estamos ante la obra de Dios a través de uno de sus obreros.

Qué es la iglesia según la Biblia

Comenzamos con Mateo 18:20, para encontrar la definición bíblica de iglesia. Dice Jesús: «Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos» (Mateo 18:20).
Así define Jesús la iglesia. No es lo mismo iglesia que denominación u organización. Su iglesia es donde están dos o tres congregados en su nombre. No habla de templos ni de dónde se reúnen: en una casa, detrás de una ventana, en un garaje o en una catedral.
Tampoco la define el papel de legalidad del gobierno de turno, ni el nombre, aunque algunos piensan que sí. No la define el templo, porque Dios no habita en templos hechos de manos: «el Altísimo no habita en templos hechos de mano» (Hechos 7:48); «no habita en templos hechos de manos» (Hechos 17:24). Tampoco la define César, porque César no tiene potestad para

definir lo que es o no es la iglesia. Y el nombre tampoco la define, porque el nombre no te da el carácter: «Porque no es Judío el que lo es en manifiesto [...] Mas es Judío el que lo es en lo interior» (Romanos 2:28-29).

«Dios posee una iglesia»

Esto mismo lo dice claramente Elena de White. En 1886 escribió lo siguiente:
«Dios posee una iglesia. No es una gran catedral, ni la iglesia oficial establecida, ni las diversas denominaciones; sino el pueblo que ama a Dios y guarda sus mandamientos. “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Mateo 18:20. Aunque Cristo esté aún entre unos pocos humildes, ésta es su iglesia, pues sólo la presencia del Alto y Sublime que habita la eternidad puede constituir una iglesia» (Elena G. de White, Carta 108, 28 de octubre de 1886; en Alza tus ojos, p. 313 [ATO 313.5]).
«Denominaciones» son las que tienen diversos nombres. Y el objetivo del Espíritu de Profecía es llevarnos a la Biblia. ¿Dónde están en la Biblia estos argumentos? Ya lo vimos. No es una gran catedral: Dios no habita en templos hechos por manos humanas. No es la iglesia oficial: César no tiene potestad. Hay que darle a César lo que es de César —«Pagad pues a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios» (Mateo 22:21)—, pero a César no le corresponde definir la iglesia. Ni las diversas denominaciones: el nombre no te hace judío en lo interior.

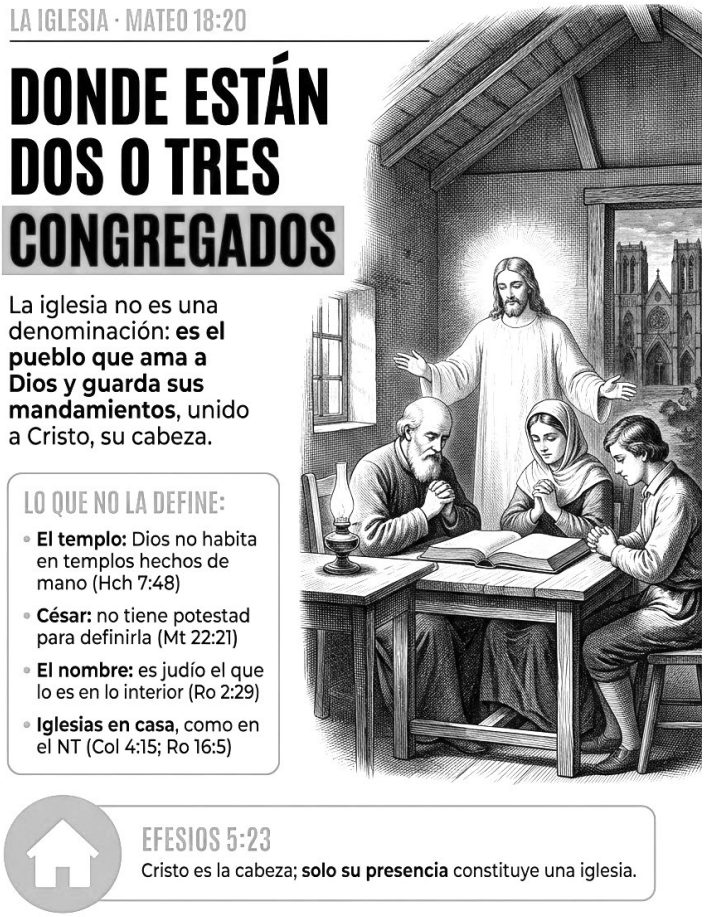
Cristo, la cabeza; la iglesia, su cuerpo

Según esta cita, lo que define la iglesia es la presencia del Alto y Sublime. ¿Dónde lo dice la Biblia? En Efesios: «así como Cristo es cabeza de la iglesia» (Efesios 5:23). Entonces, si Cristo es la cabeza, ¿cuál es la iglesia? Estamos usando la figura de Efesios: la iglesia es el cuerpo de Cristo.
La iglesia es el cuerpo conectado a Cristo como cabeza. Si no está conectado a Cristo, no es iglesia. Eso dice Elena de White: solo la presencia del Alto y Sublime constituye una iglesia. Una iglesia desconectada de Cristo es como una gallina sin cabeza.
Esto hay que tenerlo claro, porque hermanos que nos visitan me han dicho: «Yo a ustedes como grupo no los considero una iglesia». El que dice eso no ha entendido lo que Cristo dijo.

Iglesias en casa

Ayer alguien comentó en el canal de YouTube: «Qué triste que tengan que predicar detrás de una ventana». ¿Por qué? No ha entendido que en el Nuevo Testamento la iglesia de Cristo son las iglesias en casa: «Saludad [...] a la iglesia que está en su casa» (Colosenses 4:15); «Asimismo a la iglesia de su casa» (Romanos 16:5).
Para esa persona la iglesia es la que está en una catedral, en un templo; si no tiene un templo hermoso, bello, no es una iglesia. ¿Y no es cierto que las iglesias a veces tienen sus letreros? Sí, pero eso es lo que quiero decir: no tiene sentido. Su

mentalidad es totalmente católica, no ha nacido de nuevo. Eso es lo que tenemos que entender primeramente nosotros, para que tengamos sentido de lo que realmente somos. Somos una iglesia solo si estamos conectados a la cabeza, que es Cristo, y por tanto estamos guardando sus mandamientos. Esto lo levantamos de la Biblia para evaluar si la obra de Lutero era de Dios o si la iglesia era la Católica. Primer punto establecido: la iglesia no es una denominación, ni una catedral, ni una iglesia oficial, ni un nombre; es un pueblo que ama a Dios, guarda sus mandamientos y se somete a Cristo como su cabeza.



La llamada sucesión apostólica

El otro punto es la sucesión apostólica. El católico que quiere debatir dice: «Tenemos demostrada con la historia la sucesión de los apóstoles: ellos ungieron a los obispos, esos a otros, y la línea llega hasta la Iglesia Católica de hoy». Y presentan un recorrido histórico aparentemente verdadero; por ejemplo, que un discípulo de Juan habló del domingo. «Nuestros líderes son los verdaderos sucesores de los apóstoles».
Y preguntan: «¿Quién te escogió a ti como pastor? A ti no te impuso las manos ningún obispo». Según ellos, quien no tenga una imposición de

manos heredada desde los apóstoles no puede ser líder.
¿Dónde está en la Biblia esa doctrina? Como la presentan los católicos, no está. Lo que sí aparece son los apóstoles como líderes. Leamos en la Biblia del Oso, Efesios 2:20: «Sobreedificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, en la suma [piedra] de esquina, Jesús el Cristo» (Efesios 2:20, Biblia del Oso, 1569).

Dones dados por Cristo, no heredados

La iglesia se edifica sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, y la suma piedra, la principal del ángulo, es Jesucristo. Pero los que hablan de sucesión apostólica ignoran lo que dice más adelante. Efesios 4:10 y 11 dice: «El que descendió, él mismo es el que también subió sobre todos los cielos para cumplir todas las cosas. Y él mismo dio unos, ciertamente apóstoles; y otros, profetas; y otros, evangelistas; y otros, pastores y doctores» (Efesios 4:10-11).
Apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros no son una sucesión de imposición de manos, sino un don espiritual dado por Jesús mismo por el Espíritu Santo. Lo vemos en Hechos: cuando viene el Espíritu Santo se reparten dones, y no los repartieron los apóstoles, ni los pastores, ni los obispos, sino Cristo. El mejor ejemplo es Pablo, el perseguidor, a quien Dios dio el llamado a ser apóstol. La iglesia lo reconoció y le impuso las manos, pero el don ya lo tenía. La sucesión apostólica no es carnal ni humana; es un linaje espiritual.

Hijos de Abraham por las obras

Lo mismo les dijo Jesús a los judíos en Juan 8:39: «Si fuerais hijos de Abraham, las obras de Abraham harías». Ellos se estaban jactando: «Simiente de Abraham somos, y jamás servimos a nadie» (Juan 8:33). Y Jesús les dice: «No, ustedes no son hijos de Abraham», aunque eran judíos de nacimiento. Ser del linaje de Dios no tiene que ver con la carne, ni con el ADN, ni con una imposición de manos, ni con un título universitario, sino con una descendencia espiritual que se manifiesta en las obras.
Para ser un verdadero sucesor de los apóstoles tienes que tener sus mismas enseñanzas, su misma fe, sus mismas obras.

El liderazgo espiritual en la época patriarcal

«Dios es Espíritu» (Juan 4:24), y ser hijo de Dios es ser hijo espiritual. Lo vemos en ambos Testamentos. En la época patriarcal el líder espiritual era por derecho el primogénito; sin embargo, la sucesión era espiritual: el primogénito era Caín, pero el escogido por Dios fue Abel, y luego Set, el tercero.
De los hijos de Abraham, Isaac fue el segundo, pero fue el escogido. De Isaac, el primogénito era Esaú, pero Dios escogió a Jacob. De los doce hijos de Jacob, Dios escogió al undécimo, José.
Y en el Nuevo Testamento los líderes ya no fueron los levitas y los de Aarón, sino los que tenían el don del Espíritu de Cristo. Ahí están los dos elementos

claves: la iglesia es espiritual, y los sucesores de los apóstoles son sucesores espirituales, que se manifiestan por el espíritu que los dirige. La iglesia tiene que tener a Cristo entre ellos, y los líderes tienen que seguir la dirección de Cristo, su cabeza.

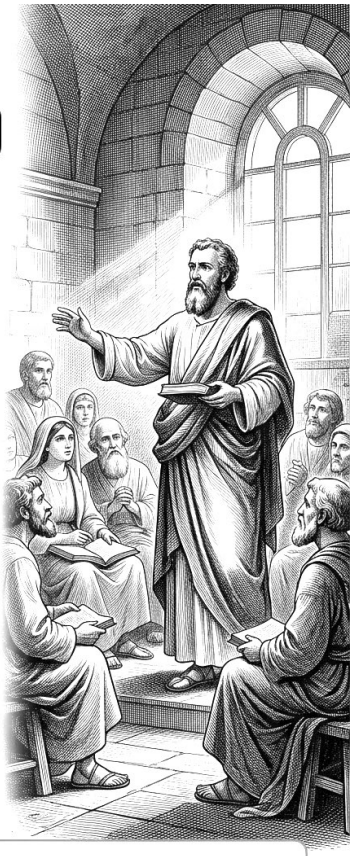
LA IGLESIA · EFESIOS 2:20

EL VERDADERO LINAJE ES ESPIRITUAL

La sucesión de los apóstoles no es una cadena de imposición de manos humana, sino un **llamado espiritual que se manifiesta en las obras, la fe y la doctrina.**

LO QUE ENSEÑA LA BIBLIA:

- **Dones de Cristo:** Los ministerios son dados por Jesús mismo por el Espíritu, no heredados **(Ef 4:10-11)**
- **Fundamento apostólico:** La iglesia se edifica sobre su doctrina, con Cristo como la piedra angular **(Ef 2:20)**
- **Las obras de la fe:** El verdadero linaje es espiritual, tal como Jesús lo enseñó **(Jn 8:39)**
- **Elección de Dios:** Desde los patriarcas, Dios elige el corazón, no la carne ni la primogenitura



JUAN 4:24

Dios es Espíritu, y la verdadera sucesión es **de fe, obras y el Espíritu de Cristo.**

La historia de la iglesia está en la profecía

El tercer punto: para recorrer la historia de la iglesia de Cristo no podemos irnos a la historia secular, porque no es inspirada y no siempre dice la verdad; como se dice, la escriben los vencedores. Tenemos que confiar en la historia bíblica. La Biblia dejó de escribirse con el Apocalipsis, que se escribió hacia el año 95 o 96 d. C. ¿Y la historia de la iglesia después? ¿No está en la Biblia? Sí está: en la historia profética, porque la profecía es Cristo anunciando lo que va a venir, y en ella nos dice cuál es su iglesia en cada época. Lo hemos estudiado las semanas anteriores con las siete iglesias del Apocalipsis, y allí vamos.

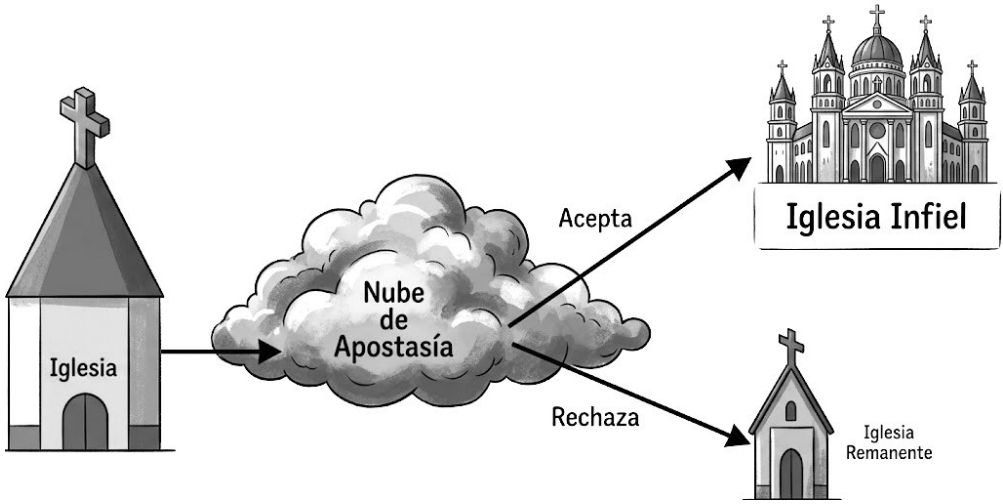
La iglesia que está en Éfeso, y su ángel

La primera es la iglesia que está en Éfeso, Apocalipsis 2:1, con dos puntos interesantes en sentido profético: «Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso» (Apocalipsis 2:1). ¿Cuál es la iglesia? ¿Éfeso? No. Miren el énfasis que le estoy haciendo: la iglesia es la que está en Éfeso.

Siempre decimos «la iglesia de Éfeso, de Esmirna, de Pérgamo, de Tiatira, de Sardis», como si el lugar le diera la denominación. Pero Éfeso es el lugar, no el nombre de la iglesia, y en sentido profético es el lugar en el tiempo: la iglesia que está en el siglo primero hasta el segundo y tercero. ¿Y quién es el líder, el verdadero sucesor apostólico? El ángel. Ahí están los dos elementos, determinados por la profecía: la iglesia, la sucesión eclesiástica; el ángel, la sucesión apostólica. La iglesia en este periodo es la apostólica, los cristianos primitivos; el ángel, los apóstoles y los ancianos que ellos escogieron. Y de esta iglesia tenemos todo el Nuevo Testamento.

La apostasía profetizada por Pablo

Antes de avanzar, hay un elemento que no toman en cuenta los defensores de la Iglesia Católica. Puedes demostrar históricamente la continuidad de los líderes de tu denominación, pero se han olvidado de 2 Tesalonicenses 2, donde Pablo responde a los que pensaban que Cristo vendría en vida de Pablo: «Empero os rogamos, hermanos, cuanto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestro recogimiento a él, que no os mováis fácilmente de vuestro sentimiento, ni os conturbéis ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como nuestra, como que el día del Señor esté cerca. No os engañe nadie en ninguna manera; porque no vendrá sin que venga antes la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición» (2 Tesalonicenses 2:1-3).
Cristo no vendrá por segunda vez sin que venga antes la apostasía, es decir, apartarse del mensaje, de la fe. De ella resultaría el hombre de pecado, que se mantendría presente hasta la segunda venida, como dice el versículo 8: «Y entonces será manifestado aquel inicuo, al cual el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida» (2 Tesalonicenses 2:8).



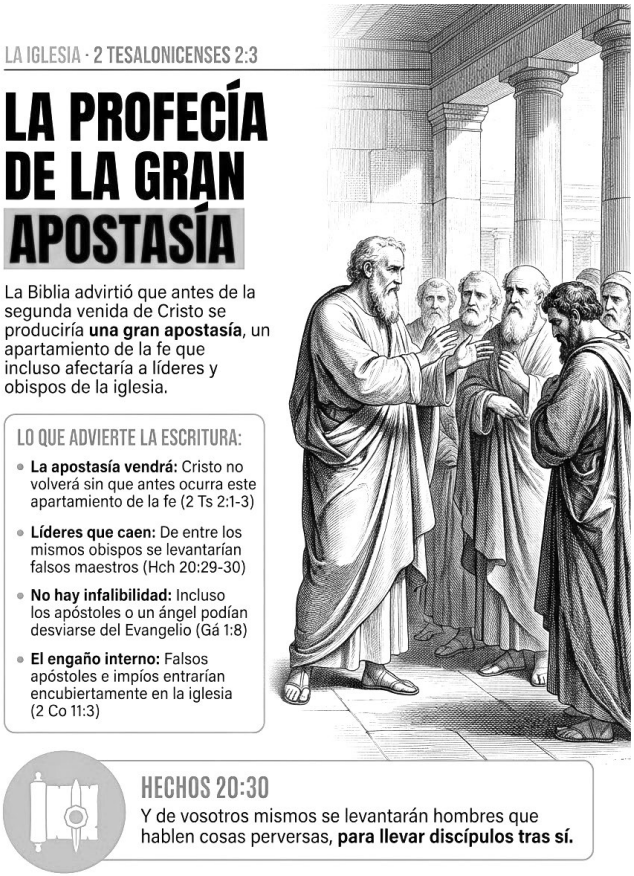
La iglesia se dividiría en dos: los que, como en Éfeso, se mantendrían fieles, y un sector que caería en apostasía, de donde surgiría el hombre de pecado. Y ya en tiempos de Pablo había apostasía.

Ni apóstoles ni obispos son infalibles

Tomen nota de algunos textos para confirmarlos en casa. Gálatas 1:8: «Mas aun si nosotros o un ángel del cielo os anunciare otro evangelio del que os hemos anunciado, sea anatema». Él, como apóstol, dice: si alguno de nosotros anuncia otro evangelio, sea anatema.
Los apóstoles y los obispos podían apostatar. No hay magisterio infalible.
¿Cómo se evalúa si es apóstol de Cristo o anatema? Por el evangelio que predica. Si predica otro distinto al del Nuevo Testamento, ya no es obispo ni sucesor de los apóstoles: es anatema.
En 2 Corintios 11:3 Pablo teme que la iglesia sea engañada por falsos apóstoles: «Mas temo que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, sean corrompidos así vuestros sentidos en alguna manera, de la simplicidad que es en Cristo». Judas 4 habla de hombres impíos que entrarían encubiertamente, dentro de la iglesia, no fuera: «Porque algunos hombres han entrado encubiertamente [...] hombres impíos, convirtiendo la gracia de nuestro Dios en disolución» (Judas 4). Ni la iglesia ni los ministros son infalibles. Y Pedro habla de falsos maestros: «como habrá entre vosotros falsos doctores, que introducirán encubiertamente herejías de perdición» (2 Pedro 2:1).

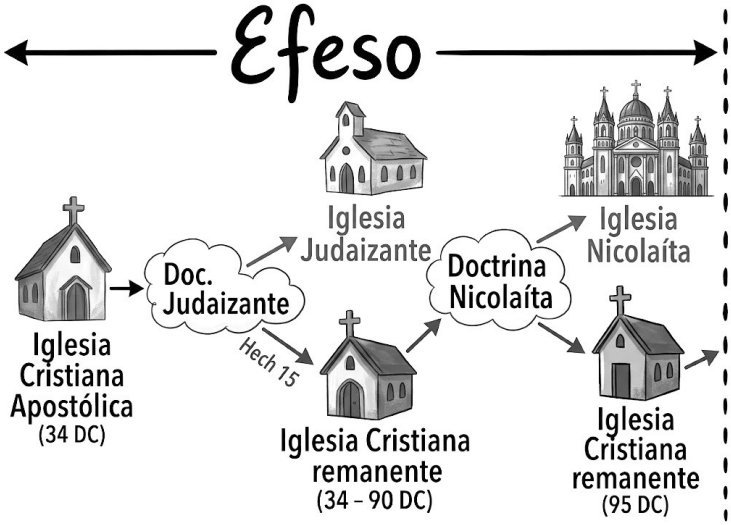
«De vosotros mismos se levantarán hombres»

Pablo lo dice también en Hechos 20, ya no de su tiempo sino de lo que iba a ocurrir. Desde Mileto manda llamar a los ancianos y obispos de la iglesia de



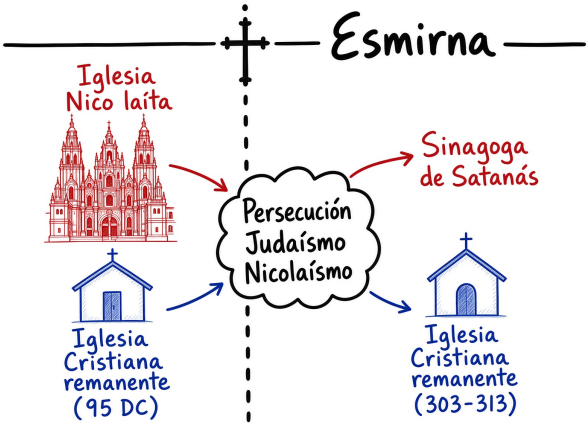
Éfeso (Hechos 20:17) y los exhorta antes de dejarlos:
«Por tanto mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual ganó por su sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al ganado; y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas, para llevar discípulos tras sí» (Hechos 20:28-30).
Habla a los obispos, no a gente de afuera. «Después de mi partida»: cuando mueran él y los apóstoles que vieron a Jesús. Profetiza una apostasía de los obispos: no hay infalibilidad en el magisterio. No solo entrarán lobos; de los mismos obispos se levantarán hombres con doctrinas falsas para llevar discípulos tras sí.

El mismo que escribió a los tesalonicenses es el que está diciendo esto. Está ampliando esa apostasía que vendría no solamente sobre la iglesia, sino también sobre los obispos de la iglesia. Los obispos no son infalibles, se pueden equivocar. Es más, profetiza que así ocurrirá y que se llevarán detrás de sí a muchos discípulos. O sea, la iglesia se va a dividir: unos quedarán con los obispos fieles y otros con los obispos que hablan cosas perversas.



Esmirna y Pérgamo

Esto, hermanos, es una profecía que se cumple. Volvemos a la historia profética: esto se cumple en Pérgamo. ¿Por qué? Porque después de Éfeso habla de Esmirna, y Esmirna es una



iglesia que no tiene reprensión; ya lo hemos estudiado. Es la iglesia en la persecución romana, y no hay apostasía en esta iglesia, porque cuando la iglesia está perseguida se mantiene fiel, limpia y pura. Cuando viene la persecución, los que son falsos en la iglesia se van.

Pero cuando vino la tranquilidad, con la iglesia en Pérgamo (Apocalipsis 2:12 en adelante), se cumple lo que Pablo profetizó. Aparecen los que tienen la doctrina de Balaam, unido con Balac, que instalan dos cosas, fornicar y comer de lo ofrecido a los ídolos, junto con los nicolaítas: «porque tú tienes ahí los que tienen la doctrina de Balaam, el cual enseñaba a Balac a poner escándalo delante de los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. Así también tú tienes a los que tienen la doctrina de los Nicolaítas, lo cual yo aborrezco» (Apocalipsis 2:14-15). También ya lo estudiamos.

Balaam representa a los obispos, porque era un líder religioso de Dios que apostató por el dinero, por congraciarse con el rey de Moab, y de él salió la idea de comer lo ofrecido a los ídolos y fornicar. Esa historia de Israel se toma como símbolo de lo que ocurriría al terminar la persecución.

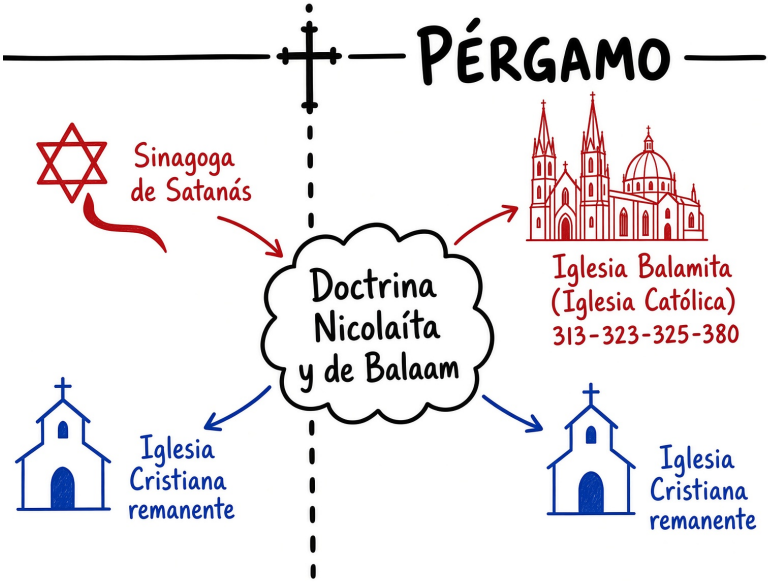
Cuando la historia confirma la profecía

Ahora sí buscamos la historia. La historia secular es válida cuando confirma lo que dice la Biblia. Cuando contraría lo que dice la Biblia, entonces sea Dios veraz y todo historiador mentiroso.

¿Cuándo dejó la iglesia de ser perseguida? En el 313, con Constantino. Constantino viene a ser el rey de Moab. Y según la profecía, por instrucción de los Balaam —los obispos apóstatas— la iglesia iba a unirse con el poder político. Eso es fornicar.

Y comer de lo sacrificado a los ídolos es aceptar, porque antes de comer un plato uno lo acepta. Si me ofrecen cerdo y sé que es cerdo, lo rechazo y no como nada inmundo.

Proféticamente, es aceptar doctrinas ofrecidas a los dioses falsos.



Constantino, Nicea y Teodosio

¿Cuáles doctrinas? Cesa la persecución con Constantino y entra Pérgamo. La historia profética me dice que Constantino no fue un santo, como dicen los católicos, sino un perverso que trajo la apostasía a la iglesia: la Trinidad, el domingo, la inmortalidad del alma. Esa es la comida ofrecida a los ídolos que la iglesia comió por instrucción de los Balaam. De hecho, Constantino dio en el año 321 la ley dominical, que mandaba reposar en el venerable día del sol, un día que venía del paganismo; y en tiempos de Constantino el primer día de la semana comienza a llamarse «día del Señor» por parte del obispo de Roma, el papa que regía entonces. Luego esos obispos se reunieron en el Concilio Ecuménico de Nicea y establecieron la doctrina de la Trinidad, entre otras cosas que se entienden estudiando ese concilio en detalle.

Pérgamo me dice que hay dos iglesias: una fiel, la de Cristo, y otra en apostasía, como predijo Pablo. Y la historia muestra que la que se unió con Constantino fue la Iglesia Católica. No es la Iglesia de Cristo; en todo caso, la que un tiempo fue de Cristo y apostató.

Y no solo con él. Termina Constantino, avanzamos en la historia y llegamos a Teodosio, y Teodosio la hace esposa. Con Constantino fornica; con Teodosio se casa en adulterio. Hay un edicto que hace Teodosio; el contexto antes de esto es que tienen que aceptar lo que dijo Nicea acerca de la Trinidad, acerca de Jesucristo, y luego dice: «Mandamos que quienes sigan esta ley tomen el nombre de cristianos católicos. A los demás los juzgamos dementes e insensatos, y que soportarán la infamia del dogma de la herejía». Es el Edicto de Tesalónica, en el Código Teodosiano 14, capítulo 1, párrafo 2. Eso no se puede negar. Ahí pasa a ser la iglesia católica oficial del Imperio, la que fornica con el Estado. No interpretamos a lo loco: la Biblia se interpreta a sí misma y la historia lo confirma.

Tiatira y Jezabel

Ahora la tercera parte, que responde la pregunta inicial. En Pérgamo vemos la apostasía de la Iglesia Católica, y a los fieles que se separan porque no aceptan a Constantino, ni a Nicea, ni a Teodosio. Después aparece la iglesia en Tiatira:

«Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, que tiene sus ojos como llama de fuego, y sus pies semejantes al latón fino, dice estas cosas: Yo he conocido tus obras, y caridad, y servicio, y fe, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras. Mas tengo unas pocas cosas contra ti: porque permites aquella mujer Jezabel (que se dice profetisa) enseñar, y engañar a mis siervos, a fornicar, y a comer cosas ofrecidas a los ídolos» (Apocalipsis 2:18-20).

Aquí salta de Balaam y Balac a Jezabel. Ya no es una iglesia joven naciente en apostasía; es toda una señora, por eso más adelante se le llama «la madre de las fornicaciones» (Apocalipsis 17:5). En Pérgamo le hace ojitos al rey; en Tiatira ya se casa y es reina, como Jezabel al casarse con Acab.

Es el apogeo de la Iglesia Católica, la Edad Oscura, del 538 a 1798. En la

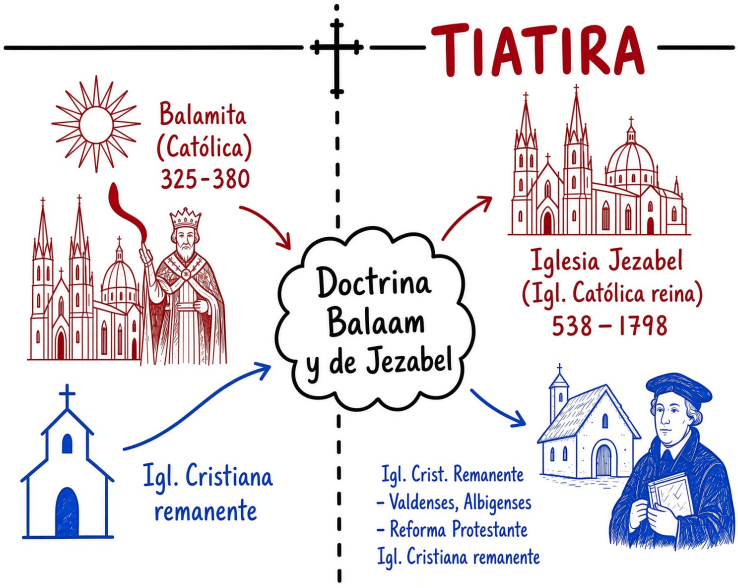
historia original, mientras Jezabel reinaba en Israel con Acab, no llovió tres años y medio por la palabra de Elías (1 Reyes 17–18; Lucas 4:25; Santiago 5:17): 1260 días, del 538 a 1798. Y persigue a los profetas de Dios.
Repito: la historia inspirada y verdadera es la Biblia, la historia bíblica, o mejor dicho la profecía histórica que da la Biblia. La historia del mundo secular es verdadera cuando coincide, cuando apoya o cuando constata lo que la Biblia ha dicho. Cuando contradice lo que dice la profecía, entonces sea Dios veraz y todo historiador mentiroso. Ese es el principio que está en la misma Biblia: «sea Dios verdadero, mas todo hombre mentiroso» (Romanos 3:4).

El hombre de pecado y los 1260 años

Pérgamo es cuando cesa la persecución; en el 538 la Iglesia Católica se hace extremadamente oficial. Y algo que dejamos para este momento: después de la apostasía, Pablo dice que vendría el hombre de pecado; otras versiones dicen «el hombre de iniquidad», «el hombre sin ley», «contra la ley». Y Pablo dice: «¿No os acordáis que cuando estaba todavía con vosotros, os decía esto?» (2 Tesalonicenses 2:5). Lo había enseñado estando en Tesalónica. ¿De dónde sacó la idea de un hombre contra la ley? Inspirado, sí, pero Pablo y los apóstoles, como Jesús, basaban su enseñanza en la Escritura, que para ellos era el Antiguo Testamento. En Daniel capítulo 7 aparece un rey que estaría en contra de la ley de Dios: «y pensará en mudar los tiempos y la ley: y entregados serán en su mano hasta tiempo, y tiempos, y el medio de un tiempo» (Daniel 7:25). De ahí, y de Daniel 8, que habla del cuerno pequeño, lo sacó Pablo. Y Daniel 7 dice cuánto dominaría: tiempo (un año), tiempos (dos años) y la mitad de un tiempo (medio año): tres años y medio, 1260 días.

Los que no tienen la doctrina de Jezabel

Y eso es importante, porque en Tiatira dice:
«Y le he dado tiempo para que se arrepienta de la fornicación; y no se ha arrepentido. He aquí, yo la echo en



cama, y a los que adulteran con ella, en muy grande tribulación, si no se arrepintieren de sus obras: Y mataré a sus hijos con muerte; y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriño los riñones y los corazones: y daré a cada uno de vosotros según sus obras. Pero yo digo a vosotros, y a los demás que estáis en Tiatira, cualesquiera que no tienen esta doctrina, y que no han conocido las profundidades de Satanás, como dicen: Yo no enviaré sobre vosotros otra carga. Empero la que tenéis, tenedla hasta que yo venga» (Apocalipsis 2:21-25).

Hay un grupo que no tiene la doctrina de Jezabel. Esa es la iglesia de Cristo en Tiatira: no Jezabel, sino los que están en contra de ella. En ese tiempo la iglesia de Cristo no es la Católica, porque la Católica es Jezabel.

¿Quiénes se opusieron a la Iglesia Católica en los 1260 años? La historia lo confirma: en orden cronológico, los valdenses —más o menos entre el 1100 y el 1300— y los albigenses. Se opusieron a esa iglesia apóstata, cuyos líderes enseñaban otro evangelio —la doctrina de los nicolaítas, de Balaam y de Jezabel— y por eso no eran sucesores de los apóstoles; según Pablo, eran anatema.

Los fieles eran los valdenses, cuyo fundador fue Pedro Valdo; de los albigenses no se conoce fundador, pero eran remanentes. Eran grupos pequeños y retraídos, al principio del poderío papal; se mantuvieron fieles, pero no lograron sacudir el poder papal.

Obras primeras y obras postreras

Jesús le dice a Tiatira en Apocalipsis 2:19: «tus obras postreras son más que las primeras». Tiatira tiene dos subperiodos: el de las obras primeras, pocas —valdenses y albigenses—, y el de las obras postreras, muchas: la Reforma protestante. Ellos no tienen la doctrina de Balaam, ni de Jezabel, ni de los nicolaítas. Ellos son la iglesia, y está en la profecía.

Tiatira abarca del 538 a 1798: la primera mitad la trabajan los valdenses; la segunda es la Reforma de Lutero, de la que hablaremos con Mateo 24.

¿Y no será Sardis la iglesia de Lutero? No. Acuérdense de lo que dice Sardis: «tienes nombre que vives, y estás muerto» (Apocalipsis 3:1). ¿Describe eso a los reformadores? No. Sardis representa la Reforma cuando está muriendo, no cuando surge. Surge en Tiatira.

La gran tribulación y los días acortados

Cerramos con un texto más contundente, el de la lectura bíblica: Mateo 24:21-22. Ya tenemos a Tiatira profetizando la Reforma; ahora Jesús también la señala en Mateo 24.

El versículo 20 —«Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado»— se refiere a la destrucción de Jerusalén en el año 70. Sigue el 21: «Porque habrá entonces grande aflicción, cual no fue desde el principio del mundo hasta ahora, ni será» (Mateo 24:21).

Una tribulación que no había ocurrido antes ni ocurriría después: la del poder papal de los 1260 días. Cuando Nabucodonosor conquistó Jerusalén, ¿cuánto duró la opresión? Setenta años. Mucho, pero ¿1260 años?

Nunca. ¿Y en la tribulación futura que esperamos habrá 1260 años? No. La única es la de los 1260 años.
Ahora miren el versículo 22: «Y si aquellos días no fuesen acortados, ninguna carne sería salva; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados» (Mateo 24:22).
¿Cuáles días? Los 1260. Y el paralelo, Marcos 13:20, lo dice más poderosamente: «Y si el Señor no hubiese abreviado aquellos días, ninguna carne se salvaría; mas por causa de los escogidos que él escogió, abrevió aquellos días» (Marcos 13:20).
¿Quién acortó los días? El Señor. Es obra del Señor, no del hombre.

La Reforma acortó los días

¿Y a qué se refiere con esos días acortados? Los días son los 1260 años. Pregunto: ¿la persecución duró todos los 1260 años? No se cumplieron, porque los 1260 años terminan en 1798, pero antes de ese tiempo ya cesó la persecución. ¿Qué ocurrió en la historia? Ocurrió la Reforma protestante. Si quieren leerlo, les recomiendo el libro El conflicto de los siglos.
Antes de Lutero, además de valdenses y albigenses, hubo prerreformadores perseguidos brutalmente: Juan Hus, Jerónimo de Praga, Wiclef. Murieron porque los reyes de sus naciones no los protegieron; seguían bajo el papado, que los mandó matar. Pero ¿pudieron matar a Lutero, un monje sin economía? ¡Qué va! No por falta de ganas, sino porque al menos uno de los príncipes lo protegió, y los príncipes alemanes abrazaron la doctrina reformada y se separaron del poder católico.
El papa no tiene ejércitos propios para perseguir; es como un dictador, que lo es porque los militares le obedecen y cargan las armas. Comenzando por los príncipes alemanes y luego en otras naciones europeas, los reyes rompen la sumisión al papa y establecen cierta libertad o tolerancia religiosa. Así el poder papal pierde dominio y los días de tribulación son acortados.
Y el sello fue cuando «la tierra ayudó a la mujer» (Apocalipsis 12:16): en 1776 surge América, la primera nación de la historia que establece la libertad religiosa, y cesa toda persecución religiosa.
Cuando Jesús dice que el Señor acortaría esos días, anuncia el movimiento que surgió hace 509 años. La Reforma está profetizada como obra de Dios, como iglesia de Cristo. ¿Perfecta? No; ni la iglesia en Éfeso lo era, y Tiatira también tiene reproche. No somos tan osados como para decir que la iglesia es infalible; ni ellos ni nosotros lo somos. Pero era la iglesia de Cristo profetizada.

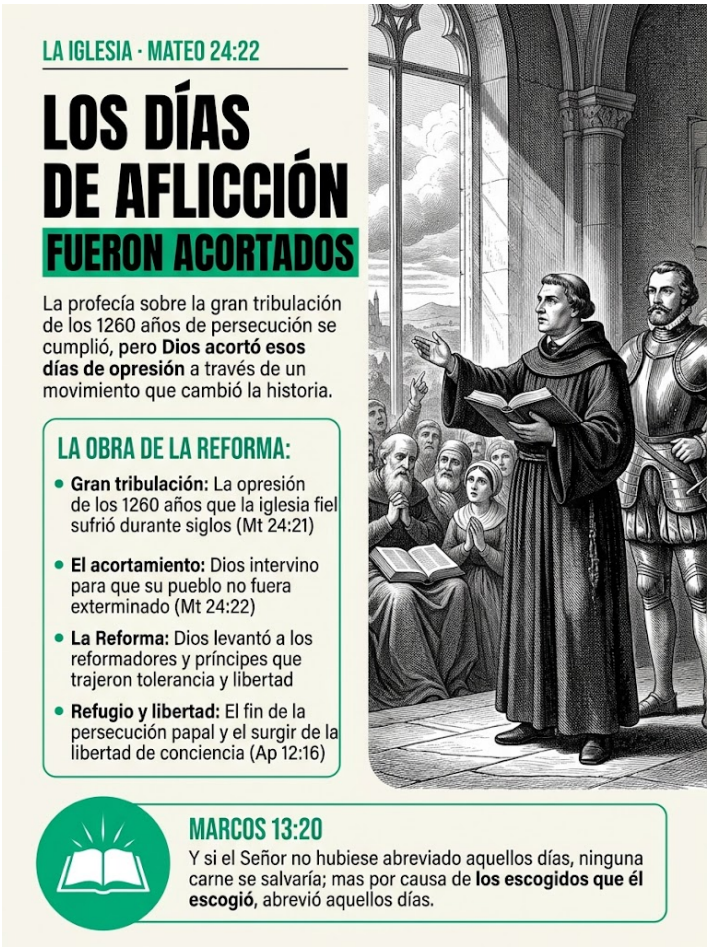
El testimonio de El conflicto de los siglos

Concluyo con una cita para quienes aún tengan dudas, y porque muchos que se dicen adventistas inventan profecías: «Los días ya no son de 24 horas, porque Jesús dijo que serían acortados», o «la persecución futura durará poco». Nada de eso es Mateo 24. Ya lo expliqué con la Biblia; ahora, la profeta, en El conflicto de los siglos, página 270:
«La persecución contra la iglesia no continuó durante todos los 1.260 años. Dios, usando de misericordia con su pueblo, acortó el tiempo de tan

horribles pruebas. Al predecir la “gran tribulación” que había de venir sobre la iglesia, el Salvador había dicho: “Si aquellos días no fuesen acortados, ninguna carne sería salva; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados”. Mateo 24:22.
Debido a la influencia de los acontecimientos relacionados con la Reforma, las persecuciones cesaron antes del año 1798» (Elena G. de White, El conflicto de los siglos, p. 270 [CS 270.5]).
La gran tribulación son los 1260 años, y los días acortados significan que durarían menos. Lo que interpretamos con la Biblia queda corroborado: no es imaginación.

Conclusión

¿Fue la Reforma levantada por Dios o por el hombre? Por Dios, indudablemente. Cristo la anunció en Mateo y se lo repitió a Juan en el mensaje a la iglesia en Tiatira.
No tenemos que avergonzarnos de venir de la línea de la Reforma. Mi padre, que estudió en un colegio de franciscanos, me enseñó de pequeño a tenerle miedo a la Reforma: pensaba que eran personas que se pusieron bravas porque se querían casar y divorciar y hacer su voluntad. Pero la historia y la profecía muestran la verdad: Dios la levantó contra la apostasía, los excesos y la corrupción de la Iglesia Católica y sus obispos.
Somos herederos de la Reforma, y la Reforma no terminó con Lutero: el movimiento adventista la continúa, para reformar lo que les faltó a los reformadores y seguir la protesta contra la apostasía. También sabemos que un sector del protestantismo ha apostatado, y eso también estaba profetizado; lo estudiaremos próximamente.



Católicos, Protestantes y Adventistas Apóstatas están

UNIDOS CONTRA LA VERDADERA REFORMA

Por: John García

La reforma debe continuar

El tema de hoy es: todos unidos contra la verdadera reforma. La reforma debe continuar. Desde el 31 de octubre de 1517 hasta el 31 de octubre de 2026 han pasado 509 años.

La reforma es la obra de Dios. Su esencia no es más que esto: «la restauración de todas las cosas, que habló Dios por boca de sus santos profetas» (Hechos 3:21). A los que hacen la reforma y a los que la continúan se les llama «reparador de portillos, restaurador de calzadas» (Isaías 58:12). Y el Señor nos llama a todos a que preguntemos por las sendas antiguas (Jeremías 6:16).

El fundamento está en la lectura bíblica: «Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto» (Proverbios 4:18). Esa es la esencia de la verdadera reforma: la luz de los santos va aumentando hasta la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo.

Vamos a estudiar cuatro etapas: el comienzo de la reforma; cuando se detuvo; cuando se renovó y fue confiada a los pioneros para que la continuaran, y cuando fue abandonada por la apostasía omega; y hoy, cuando se ha restaurado. Contra esta última reforma hoy están unidos católicos, protestantes y adventistas apóstatas.

Los cinco fundamentos de la reforma

Según los historiadores, en estos cinco fundamentos se resume la Reforma protestante del siglo XVI:

Sola Scriptura. «Toda Escritura es inspirada divinamente» (2 Timoteo 3:16): toda la Escritura de la Biblia.

Sola fide. «Así que, concluimos ser el hombre justificado por fe sin las obras de la ley» (Romanos 3:28).

Sola gratia. «Porque por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios: No por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8-9).

Solus Christus. «Porque hay un Dios, asimismo un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Timoteo 2:5). Él es el único mediador, el único intercesor.

Soli Deo gloria. «Si pues coméis, o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios» (1 Corintios 10:31).

Según Elena G. de White, el primero y más fundamental de los cinco es el que se deduce de la protesta de los príncipes luteranos en Espira, el 19 de abril de 1529.

Ella dice: «En la actualidad los hombres se han alejado mucho de sus doctrinas y preceptos, y se hace muy necesario volver al gran principio protestante: la Biblia, únicamente la Biblia, como regla de la fe y del deber» (El conflicto de los siglos, p. 188). Dice «volver», porque se habían apartado.

Sola Escritura: la única esperanza de reforma

Hay quien manipula este argumento: «Entonces usted no lee otro libro». No. Podemos leer libros, noticias, internet; pero como regla de fe y práctica el único fundamento es la Biblia. Sola Scriptura significa que fundamento una doctrina solamente con la Biblia.

Cuando los católicos trinitarios fundamentan su fe en la tradición, o los protestantes dominicales defienden el domingo sin la Escritura, se han apartado del principio. Y cuando los adventistas trinitarios fundan su doctrina en cierta cita que han encontrado y manipulado del Espíritu de Profecía para establecer la trinidad, también se apartan de este gran principio protestante.

Y miren lo que dice luego: «La misma adhesión incondicional a la Palabra de Dios que se manifestó en los días tan críticos de la Reforma del siglo XVI, es la única esperanza de una reforma en nuestros días» (El conflicto de los siglos, p. 188). Muchos pretenden llamarse reforma. Dentro del mismo adventismo hay una iglesia que se llama de la reforma, pero su reforma no está basada en la Biblia sola, sino en interpretaciones particulares y extremistas de algunas citas del Espíritu de Profecía. Entonces no es reforma verdadera, porque toda reforma debe ser por la Palabra de Dios sola.

Quien lo dice es la misma que tenía el Espíritu de Profecía: mis escritos no son regla de fe y práctica. Los adventistas originales sabían que la reforma únicamente debe fundamentarse en la Palabra. Esa adhesión incondicional nos dará la verdadera reforma: espiritual, pro salud, en el vestido, en la música, en la doctrina, la salida al campo, la reforma educativa.

Por eso no ha habido todavía una reforma con poder en el movimiento adventista. Fíjense lo que ha pasado con algunos adventistas corporativos que han querido debatir con el evangélico Miguel Ortiz. Acostumbrados a fundamentarlo todo con el Espíritu de Profecía, en el que él no cree, se ha evidenciado su desconocimiento de las Escrituras: conocen las tradiciones y algunas citas que manipulan a su conveniencia, pero no son capaces de defender su fe con la Biblia sola.

La Reforma no terminó con Lutero

Por eso es importante esta otra cita: «La Reforma no terminó, como muchos lo creen, al concluir la vida de Lutero. Tiene aún que seguir hasta el fin del mundo. Lutero tuvo una gran obra que hacer: la de dar a conocer a otros la luz que Dios hiciera brillar en su corazón; pero él no recibió toda la luz que iba a ser dada al mundo» (El conflicto de los siglos, p. 138).

La reforma estaba profetizada: las obras postreras de Tiatira son la reforma. Después

vendría Sardis, a la que se le dice: «tienes nombre que vives, y estás muerto» (Apocalipsis 3:1). Para la época de Sardis, que comienza en 1798, la reforma ya estaba muriendo. Y cuando llegamos a Filadelfia, la reforma ha muerto por completo, y se han convertido no en pueblo de Dios ni en iglesia agonizante, sino en sinagoga de Satanás, según Filadelfia, y en hijas de la gran ramera. Apocalipsis 17:5 la llama «la madre de las fornicaciones»: si ella es la madre, las iglesias que la siguen son sus hijas. Y su caída la anuncia el segundo ángel, «Ha caído, ha caído Babilonia» (Apocalipsis 14:8), después del mensaje del juicio (Apocalipsis 14:7), en 1844.



Esa reforma se le entrega al pueblo adventista en el mensaje de los tres ángeles, y debe consumarse en el mensaje del cuarto ángel. Pero volvamos a Tiatira. Elena G. de White señala un problema: «A pesar de haber renunciado al romanismo, los reformadores ingleses conservaron muchas de sus formas» (El conflicto de los siglos, p. 291). Habla de la Iglesia Anglicana, en el capítulo «América, tierra de libertad». Tenía iglesias dedicadas a María y todavía bautizaba niños. La reforma había avanzado, pero no había cumplido su labor.

La reforma no puede contemporizar

Por eso dice también: «Si la Reforma, después de alcanzado tan notable éxito, hubiese contemporizado con el mundo para contar con su favor, habría sido infiel a Dios y a sí misma, y hubiera labrado su propia ruina» (El conflicto de los siglos, p. 188). El contexto es la propuesta católica a los reformadores alemanes: pueden seguir siendo luteranos donde ya se abrazó el luteranismo, pero les prohibimos expandirse y predicar en otros lugares. Entonces los príncipes protestaron. Si hubiesen aceptado quedarse ahí, habrían sido infieles, porque la reforma debe expandirse, y no solo geográficamente: debe completarse la obra, hasta que el día sea perfecto.

John Robinson y los peregrinos

¿Qué pasa a continuación? Lo describe John Robinson, pastor de los peregrinos, protestantes que huyeron de Inglaterra porque el anglicanismo se estancó y prohibió todo lo que fuera más allá de la reforma ya hecha. Tuvieron que huir a Holanda. Eran los llamados puritanos, que querían una purificación de la Iglesia Anglicana. Holanda les ofrecía libertad, pero querían una tierra propia donde adorar a Dios según su conciencia, y se embarcaron en el Mayflower hacia América.

A esos peregrinos su pastor les dijo estas palabras, que describen la condición deplorable del protestantismo en 1620: «Por mi parte, no puedo deplorar lo bastante la triste condición de las iglesias reformadas que han llegado a un punto final en religión, y no quieren ir más allá de lo que fueron los promotores de su reforma. No se puede hacer ir a los luteranos más allá de lo que Lutero vio; [...] y a los calvinistas ya los veis manteniéndose con tenacidad en el punto en que los dejó el gran siervo de Dios que no lo logró ver todo» (El conflicto de los siglos, p. 294).

Noten: «la triste condición de las iglesias reformadas». Los luteranos no van más allá de Lutero, ni los calvinistas más allá de Calvino. La reforma se estancó: no vamos a aceptar nada nuevo.

Bunyan y Wesley: la reforma de la reforma

John Bunyan fue preso por su fe en la cárcel de Bedford, y allí escribió El progreso del peregrino. Esa era la condición de la Iglesia Anglicana; vean los años: 1628, 1660, 1678. De ello se dice: «Otra vez, como en los tiempos apostólicos, la persecución contribuyó al progreso del evangelio» (El conflicto de los siglos, p. 258). ¿Quién encarceló a John Bunyan? Los mismos anglicanos, no los católicos.

Otro avance llega con John Wesley: «La gran doctrina de la justificación por la fe, tan claramente enseñada por Lutero, se había perdido casi totalmente de vista» (El conflicto de los siglos, p. 258). Wesley iba como misionero a América con unos hermanos moravos; cuando parecía que el barco se hundía, ellos estaban tranquilos y él angustiado. Luego fue a escucharlos y tuvo su conversión: «Sentí calentarse mi corazón de un modo extraño» (El conflicto de los siglos, p. 260).

De Holanda van en el Mayflower, en 1620. «Muchos cruzaron el océano y se establecieron en Norteamérica, donde echaron los cimientos de la libertad civil y religiosa» (El conflicto de los siglos, p. 257). La primera generación de la reforma, la de Lutero y Calvino, ya para 1620 está en una deplorable condición. Lo que dijo Robinson lo dijo en 1620. La reforma ha dejado de reformar y ha comenzado a perseguir.

El pacto de los peregrinos: el verdadero espíritu de la Reforma

Al separarse de la Iglesia Anglicana, hacia 1606, hicieron un pacto: «los puritanos se unieron en solemne pacto como pueblo libre del Señor para "andar juntos en todos sus caminos que les había hecho conocer, o en los que él les notificase"». Y Elena G. de White lo juzga así: «En esto se manifestaba

el verdadero espíritu de la Reforma, el principio esencial del protestantismo» (El conflicto de los siglos, p. 293).

¿En qué? En estar siempre dispuesto a recibir la luz que Dios nos quiera dar; no estancarse, no hacer un dogma ni un credo. Cuando hago un credo y digo «no hay nada más», he renunciado a la reforma y al protestantismo.

El pacto tiene dos partes: andar juntos en la verdad que Dios ya nos ha dado a conocer, y comprometernos a andar en la que nos dé a conocer, porque todavía hay luz. El pacto de iglesia de los pioneros es justamente eso. Y cuando aceptamos la Biblia como única regla de fe y práctica, decimos: la única verdad está en la Biblia, y como todavía no la conocemos toda, nos pactamos para obedecer lo que conocemos y aceptar lo que aparezca de nuevo, si va por la Biblia sola. Ese es el espíritu de la reforma.

Roger Williams y las generaciones de la reforma

Pero «los peregrinos no comprendieron el gran principio de la libertad religiosa, y aquella libertad por cuya consecución se impusieran tantos sacrificios, no estuvieron dispuestos a concederla a otros» (El conflicto de los siglos, p. 294). En América también establecieron iglesias oficiales y proscribieron cualquier otra. Eso le pasó a Roger Williams, desterrado en 1636, dieciséis años después de la llegada del Mayflower. Se conformaron: «No queremos que nos perturben la paz, no queremos nada nuevo». Hicieron un credo, un dogma. Roger Williams, que traía la gran verdad de la libertad religiosa, tuvo que huir.

La primera generación de la reforma es la de Lutero, Calvino y sus contemporáneos. La segunda generación fue la de Bunyan, en el siglo XVII, cien años después de Lutero, también apresado por oponerse al anglicanismo. La tercera es la de Wesley, en el siglo XVIII, que avanzó en la santificación que no tenían los anglicanos. El Mayflower había llegado antes, en 1620; la influencia de Bunyan y de Wesley llegó a los Estados Unidos después, cuando esas iglesias enviaron misioneros y fundaron iglesias allá. Por eso las iglesias que surgen en Estados Unidos son una reforma de la reforma de la reforma.

La cuarta reforma: el movimiento adventista

En Estados Unidos, ya en el siglo XIX, se levanta una cuarta reforma. «Así como en el caso de la gran Reforma del siglo XVI, el movimiento adventista surgió simultáneamente en diferentes países de la cristiandad» (El conflicto de los siglos, p. 357). También en Sudamérica, donde no lo lideró un protestante ni un sacerdote común, sino un jesuita, Lacunza. Aun entre los jesuitas Dios tiene sus fieles. Este jesuita chileno, escribiendo en el exilio en Italia, impulsó el movimiento de la reforma, llegó a conclusiones muy exactas, parecidas a las de Miller, y escribió varios libros. También ocurrió en Europa, e inclusive en Asia.

Esa es la cuarta reforma, profetizada en la iglesia de Filadelfia y en Apocalipsis 14, en el mensaje del primer y segundo ángel: el movimiento millerita, del millerismo al adventismo del séptimo día. Una cronología breve: en 1818 Miller llega a sus conclusiones; en 1831 comienza su

predicación pública; y luego viene el chasco, el 22 de octubre de 1844. Esa fue la reforma adventista millerita, la del mensaje del primer y segundo ángel.

Pero desde el 44 en adelante, hasta 1848, llega otra reforma que estaba profetizada: la del tercer ángel, que corresponde a los adventistas del séptimo día. Está en el nombre: los milleritas también eran considerados adventistas, pero no tenían el séptimo día. Con la reforma del tercer ángel llegan los mandamientos de Dios. Toman el nombre de adventistas del séptimo día en 1860, y en 1863 se establece la Asociación General.

La verdadera sucesión apostólica

Entonces, el adventismo del séptimo día de los pioneros es el verdadero sucesor de los reformadores, y estos lo son de los apóstoles: Lutero, Calvino y los de ese tiempo; Bunyan; Wesley; Miller y los milleritas; y luego los pioneros adventistas.

En cada mensaje a las siete iglesias, el mensaje va a la iglesia de ese período y específicamente al ángel de esa iglesia: habla de la iglesia y de sus líderes, de la verdadera sucesión apostólica. ¿Quiénes son los sucesores de los apóstoles? Los valdenses, los albigenses, los hugonotes; después los reformadores, Bunyan, Wesley, Miller, los pioneros, y después nosotros, que hemos restaurado el adventismo original pionero. Esto es historia y es profecía.

Dice Elena G. de White: «La sucesión apostólica tampoco descansa en la transmisión de la autoridad eclesiástica, sino en la relación espiritual. Una vida movida por el espíritu de los apóstoles, el creer y enseñar las verdades que ellos enseñaron: ésta es la verdadera evidencia de la sucesión apostólica» (El Deseado de todas las gentes, p. 432).

Si no tenemos el mismo espíritu, la misma fe y la misma enseñanza que los pioneros, los reformadores y los apóstoles, no somos sus sucesores: somos apóstatas. La Escritura habla de obispos, ancianos y apóstoles que apostatarían. No hay magisterio infalible, liderazgo infalible ni iglesia que no pueda caer. Cuando el pueblo cae en apostasía, Dios saca un remanente; ese remanente crece, y cuando apostata, Dios saca otro. Esa es la historia de las siete iglesias.

¿Cuándo apostató la iglesia cristiana apostólica? En Pérgamo, cuando se unió con Constantino. Los que permanecieron con la fe de los apóstoles no son los que se unieron con Constantino y con Teodosio, que cambiaron las verdades apostólicas y las mezclaron con el paganismo. Los que mantienen las enseñanzas de la apostasía son sucesores de los obispos apóstatas, de Constantino, de Teodosio, de Eusebio de Cesarea, del Concilio de Nicea.

La misión y la advertencia: alfa y omega

La misión continúa siendo terminar la reforma: «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, por testimonio a todos los Gentiles; y entonces vendrá el fin» (Mateo 24:14). El evangelio eterno debe predicarse «a toda nación y tribu y lengua y pueblo» (Apocalipsis 14:6). Eso abarca la reforma millerita y la del tercer ángel: la reforma adventista.

Pero también se nos advierte que vendría una apostasía. En 1904 escribió: «No os engañéis, muchos se apartarán de la fe prestando atención a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios. Tenemos ahora delante de nosotros el alfa de ese peligro. La omega será de una naturaleza asombrosísima» (Mensajes selectos, t. 1, p. 231). Está citando el versículo de Timoteo (1 Timoteo 4:1), que en su primera aplicación explica lo que ocurrió con Constantino, y lo aplica ahora al movimiento adventista: muchos se apartarán de la fe millerita, de la fe adventista del séptimo día, de la fe de los tres ángeles.

El alfa de ese peligro era la doctrina que predicaba Kellogg. La omega es el cumplimiento en el movimiento adventista del mismo versículo que produjo la apostasía de la Iglesia Católica en Pérgamo.

¿Qué es la omega? Lo dice la cita: «El enemigo de las almas ha procurado introducir la suposición de que había de realizarse una gran reforma entre los adventistas del séptimo día, y que esa reforma consistiría en renunciar a las doctrinas que están en pie como las columnas de nuestra fe y que había de comenzar un proceso de reorganización. [...] Sería cambiada nuestra religión. [...] Se establecería una nueva organización. Se escribirían libros de una nueva orientación» (Mensajes selectos, t. 1, p. 238). Es una falsa reforma: renunciar a las doctrinas fundamentales del adventismo original, reestructurar el orden de la iglesia y escribir libros de otro evangelio.

La omega no tiene que ver con la música, hermanos. Lo que pasa con la música, el vestido o la alimentación muestra la calidad de la espiritualidad; pero la apostasía omega, según la cita, tiene que ver con las doctrinas y con la forma en que se organiza la iglesia.

Froom y el Yearbook de 1931

¿Cuándo comenzaron a renunciar a las doctrinas? Como en la iglesia cristiana: «Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al ganado» (Hechos 20:29). La hermana White lo aplicó a la muerte de los pioneros. El último pionero murió en 1924, y cuatro años después, en 1928, LeRoy Froom escribe su libro The Coming of the Comforter (La venida del Consolador), donde presenta la nueva doctrina de la tercera persona de la Deidad como persona literal, cuando Elena G. de White usa la expresión «tercera persona» metafóricamente; lo literal en ella es Jesús como el Unigénito, el único que podía entrar en los consejos de Dios.

Froom lo invierte: Jesús es Hijo metafórico, pero la tercera persona es literal. Froom también es un pionero: el pionero de la apostasía omega, porque todos los estudios que hoy defienden la trinidad se fundamentan en su obra. Es el pilar de los trinitarios adventistas.

Este cambio se estableció oficialmente entre 1931 y 1932. Apareció en el Yearbook (Anuario) de 1931 sin ser votado: los obispos lo hicieron por sí mismos, como caciques. Como Pablo dijo que ocurriría con la iglesia cristiana, se infiltraron hombres perversos, y uno de ellos fue LeRoy Froom: «Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas, para llevar discípulos tras sí» (Hechos 20:30).

Los que se unieron a Froom, obispos apóstatas, establecieron una creencia nueva: que la Deidad o Trinidad consiste en el Padre eterno, el Señor Jesucristo, el Hijo, y el Espíritu Santo, la tercera persona de la Deidad.

Un credo y un manual

Luego lo establecen en el Manual de iglesia; nunca se había hecho un manual. Cambian la doctrina y cambian la organización, porque la organización es el orden en la iglesia. Nuestro único credo y nuestro único manual es la Biblia. Ellos establecen un credo con doctrinas fuera de la Biblia y un manual aparte, con sus tradiciones, al que le dan rango. Escribir un folleto sobre el orden evangélico, o un resumen de creencias como tenían los pioneros, no es malo. Lo malo es decir: esto es ley de medos y persas, es nuestro credo. Ahí se convierte en dogma.

En la década del 50 hicieron otro cambio, ahora en la doctrina de la naturaleza humana de Cristo. Roy Allan Anderson publicó en la revista Ministry de septiembre de 1956: «Nuestro Señor Jesucristo participó de nuestra limitada naturaleza humana, pero no de nuestra naturaleza corrompida y carnal con todas sus propensiones al pecado y la concupiscencia». Más claro: Jesús tuvo carne, pero no tuvo carne de pecado. Aparece también en Questions on Doctrine, en 1957. Ahí hubo otro cambio que se oficializó.

La votación de Dallas, 1980

En 1931 no se votó, porque habría sido rechazado: solo los líderes estaban convencidos, el pueblo no. De 1930 a 1980 se dedicaron a convencer a los miembros, y entonces votaron: en Dallas, el viernes 25 de abril de 1980, se establecen las 27 creencias fundamentales nuevas. El punto número dos dice: hay un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, una unidad de tres personas. La Biblia dice: hay un Dios, el Padre, una persona. Ahí está el cambio de doctrina.

Otra creencia: Jesús no poseía propensiones ni inclinaciones al mal, ni siquiera pasiones pecaminosas. Está en el capítulo sobre el Hijo del libro de las Creencias de 2007, donde citan a un anglicano, no al Espíritu de Profecía: «Si bien tomó la humanidad con sus debilidades inocentes, no la tomó con las propensiones pecaminosas». «Debilidades inocentes» es un término que no está en la Biblia ni en el Espíritu de Profecía. La Biblia llama a esa carne que tenemos, y que tenía Jesús, carne de pecado; ellos dicen que en Él las debilidades eran inocentes y en nosotros pecaminosas. Hacen un Jesús diferente de nosotros, y eso está votado desde 1980.

Mi testimonio: suspendido indefinidamente

Les doy mi testimonio. El 21 de marzo de 2001, hace 25 años, se me entregó una carta del Seminario Teológico Adventista de Venezuela con el voto de la junta ejecutiva. La firman el pastor Fernando Zabala, en ese momento rector, director de la universidad, y hoy en Estados Unidos en el área de publicaciones; y el pastor Edgar Brito, entonces subdirector académico y hoy rector. La carta decía que yo sostenía creencias teológicas que contradicen la posición oficial de la iglesia; por ejemplo, que la naturaleza humana de Cristo era igual

a la nuestra, con tendencia al pecado. Eso es lo que dicen la Biblia y el Espíritu de Profecía, y lo que predicaron Waggoner y Jones.

¿Dónde contradecía eso las creencias fundamentales? Citan estas páginas del libro de las creencias, en la edición de 1988: «No debiéramos considerarlo como un hombre con la propensión a pecar. Nunca [se halló] en él ninguna inclinación al mal» (p. 57); y «sin tener ninguna depravación moral, sino totalmente exenta de pecado» (pp. 66-67).

¿Cuál fue el voto? «Suspender indefinidamente al estudiante John García del Seminario Teológico a partir del día 21 de marzo de 2001». Y tan indefinida es esa suspensión que han pasado 25 años y sigo suspendido.

Esa fue la evidencia concreta de que no solamente han hecho un credo, sino que, como muy bien anticipó proféticamente Loughborough, lo han convertido en regla de fe, y no solo en regla de fe, sino en instrumento para disciplinar. Yo he sido disciplinado por sostener una creencia conforme a la iglesia de los pioneros. Si los pioneros estuviesen vivos, también serían suspendidos indefinidamente de la moderna Iglesia Adventista del Séptimo Día.

En resumen: en 1904, el alfa; en 1928 comienza la omega con Froom; entre 1931 y 1932 se oficializan las creencias trinitarias en el Yearbook y en el manual; en 1956 y 1957 se profundiza la apostasía omega con la naturaleza humana de Cristo, en Ministry y en Questions on Doctrine; en 1980 se vota en Dallas; y en 1988 se publica el libro que explica las creencias, que se convierte en libro de texto, en el credo. De ahí sacaron lo que usaron para expulsarme. Todo ello es la apostasía omega.

La apostasía prepara la unión

¿Y eso por qué? Porque la apostasía prepara la unión. Elena G. de White dice: «Fue la apostasía lo que indujo a la iglesia primitiva a buscar la ayuda del gobierno civil, y esto preparó el camino para el desarrollo del papado, simbolizado por la bestia. [...] De modo que la apostasía en la iglesia preparará el camino para la imagen de la bestia» (El conflicto de los siglos, p. 438). Primero apostatan, después buscan al gobierno; y esa secuencia se va a repetir.

El protestantismo dejó de reformar y rechazó el mensaje que Dios envió por medio de Miller; esa apostasía lo ha preparado para buscar el poder del gobierno civil. Lo mismo ha ocurrido con la corporación adventista: ha apostatado, y desde 1980 ha estado buscando unirse con el gobierno, y al unirse se hace parte de la imagen de la bestia.

Dice también: «Los protestantes de los Estados Unidos serán los primeros en tender las manos a través de un doble abismo al espiritismo y al poder romano» (El conflicto de los siglos, p. 574). Según el inglés, la traducción más literal sería «se extenderán por encima del abismo», para estrechar la mano del poder romano.

Acercamientos comprobados a Roma

¿Qué hizo la iglesia para acercarse a Roma y al Estado? Señalo solo los acercamientos que se pueden comprobar directamente; ha habido otros, en oculto, sin prueba, pero estos están comprobados y aun reconocidos:

1977: Bert Beach, de la Asociación General, entrega al papa Pablo VI un medallón de la Asociación General. Él mismo lo reconoce en la Adventist Review del 11 de agosto de 2001. Fue un año después de que yo naciera, hace 49 años.

15 de abril de 1997: declaración de la Asociación General sobre cómo consideran los adventistas del séptimo día al catolicismo romano: como hermanos y hermanas en Cristo.

2000: declaración conjunta adventista-católica en Polonia, tras 15 años de diálogo, firmada por el presidente adventista W. Pol y el arzobispo católico A. Nossol (Adventist News Network, 15 de febrero de 2000). Un año antes, en 1999, se había firmado la declaración conjunta entre luteranos y la Iglesia Católica, con la que los luteranos echan por tierra la obra de Lutero y renuncian formal y públicamente a la reforma. Al año siguiente lo hacen los adventistas.

2012: la Asociación General designa a Ganoune Diop para el comité del Foro Cristiano Mundial, donde el Vaticano designa a Luis M. Melo (boletín del Foro, octubre de 2012). Diop sigue en el comité desde el 2023; es un comité conjunto que influye sobre la ONU y sobre el Estado.

12 de octubre de 2016: Francisco recibe a la Conferencia de Secretarios de las Comuniones Cristianas Mundiales, de la que forma parte la Asociación General. Esto ya es ecumenismo, ya es unidad: «Unidad: caminando con Jesús», según la Oficina de Prensa de la Santa Sede del 12 de octubre de 2016.

Bolonia, 25 de enero de 2020: un pastor firma una carta ecuménica local; la División Inter-europea lo desaprueba.

Suecia: la Iglesia Adventista del Séptimo Día es observadora, no miembro, del Consejo Cristiano de Suecia desde el 2000.

¿Qué vemos en todo esto? Acercamiento y cooperación institucional. Ninguna fuente muestra todavía fusión ni aceptación del primado. Pero ya están haciendo lo que la Biblia prohíbe: ese tipo de alianza está prohibida.

¿Solo observadores?

Se defienden diciendo: «Solo somos observadores en el movimiento ecuménico mundial, no somos miembros», como si fuese algo diferente. «Estamos observando para ver las profecías». Pero la Biblia a ese ecumenismo lo llama fornicación. Las iglesias son mujeres, y la Biblia dice que las iglesias están fornicando. Si su argumento fuese cierto, estarían confesando: «Somos observadores de cómo las mujeres están fornicando, pero no somos miembros directamente de la fornicación». ¿Les parece bien? No es defensa; no hay justificación.

Es justamente lo que estudiamos sobre la iglesia de Pérgamo, simbolizado en la historia de Balaam, Balac, las mujeres madianitas e Israel. Ellas invitaron a los líderes de Israel a la fiesta, y ellos contemplaron a las mujeres bailando, como lo relata la Biblia y lo comenta el Espíritu de Profecía. Sabemos el resultado: el que contempla a unas mujeres bailando sensualmente se enciende en lujuria y termina fornicando. Las mujeres madianitas son las iglesias que han invitado a la Iglesia

Adventista, y los líderes adventistas son los israelitas que van de observadores a las fiestas de Madián. El resultado es la fornicación, y eso desagrada a Dios.

El remanente

El remanente no participa de eso; se aparta. «Entonces el dragón fue airado contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra los otros de la simiente de ella, los cuales guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo» (Apocalipsis 12:17). El remanente es el que permanece fiel, el resto de la simiente, de la descendencia. La mujer que huye a América son los puritanos, y su descendencia es la Iglesia Adventista: Miller salió de la Iglesia Bautista, Elena G. de White de la Iglesia Metodista y Jaime White de la Conexión Cristiana: todos salieron de ese movimiento puritano. La guerra del dragón es contra el remanente de la Iglesia Adventista pionera.

El remanente no son los corporativos, que están observando la fornicación de otras mujeres, viendo pornografía espiritual; son los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús. Y en Apocalipsis 14:12: «Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús». La fe de Jesús es el mensaje de Cristo, Su justicia; y los mandamientos de Dios son el sello, el sábado para Jehová y no para la Trinidad.

«Dios posee una iglesia. No es una gran catedral, ni la iglesia oficial establecida, ni las diversas denominaciones; sino el pueblo que ama a Dios y guarda sus mandamientos» (Alza tus ojos, p. 313). No son las diversas denominaciones protestantes ni las adventistas —la adventista, la reforma adventista, los davidianos, la Iglesia del Séptimo Día de la Creación—, sino el pueblo que ama a Dios y guarda Sus mandamientos. Esos son los verdaderos sucesores.

La reforma restaurada, y todos unidos en su contra

La reforma adventista —primer, segundo y tercer ángel— comenzó en 1831 y se extendió hasta 1848. ¿Cuándo se detuvo? En 1928: mueren los pioneros y se detiene la reforma adventista. Se restaura a partir del 2001, cuando comienzan diversos movimientos en diversos lugares, nosotros incluidos, restaurando las verdades adventistas originales que fueron confiadas a los pioneros y que fueron abandonadas.

Y hoy están unidos contra esta restauración los católicos, los protestantes y los adventistas apóstatas: en contra de la restauración del adventismo original, del mensaje de Waggoner y Jones, del mensaje de los pioneros, del mensaje del tercer ángel original. Pero la reforma seguirá en aumento hasta que el día sea perfecto.

¿Cómo compartir con los hermanos adventistas la historia de cómo la iglesia adoptó la creencia trinitaria, que no estaba en las creencias fundamentales? Como lo hemos hecho aquí: con la historia, la cita bíblica y la cita del Espíritu de Profecía. Como para muchos no basta el análisis bíblico, es bueno tener un registro que ellos mismos puedan comprobar. En nuestra página web estamos colocando estos materiales para que los usen para enviar y predicar. Y hay quienes testifican que a ellos

también los borraron así, por esta misma causa.

Preguntad por las sendas antiguas

Así que nos preguntamos, mis hermanos: ¿seguiremos reformando o nos quedaremos con lo que tenemos? «Así dijo Jehová: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma. Mas dijeron: No andaremos» (Jeremías 6:16).

Si seguiremos reformando, tenemos que seguir preguntando por las sendas antiguas. Preguntar es inquirir, investigar. Nuestras sendas antiguas son el adventismo original, la verdad apostólica del Nuevo Testamento. ¿A quién le vamos a preguntar? No a los pastores. Si le preguntamos a Vladimir Polanco, ¿qué nos va a decir? Que los pioneros son los hombres más herejes de la historia. No les podemos preguntar a ellos.

Le vamos a preguntar a los pioneros. ¿Cómo? A la hermana White Dios le dijo cómo: «Él ha dicho que los muertos deben hablar. ¿Cómo? Sus obras siguen después de ellos. [...] La palabra que me fue dada es: Impriman nuevamente lo que esos hombres escribieron en el pasado» (El otro poder, p. 28). Eso es preguntar por las sendas antiguas: reimprimir y reestudiar los escritos de nuestros pioneros. Y cuando hallemos esas sendas, andemos por ellas, y hallaremos descanso para nuestras almas.

Este pasaje de Jeremías es una profecía para hoy. Hay adventistas que dicen: «No andaremos por las sendas antiguas de los pioneros; yo quiero la senda de LeRoy Froom, la senda de Roy Allan Anderson». Y modernamente, la de los sucesores de Froom: «Quiero la senda de Esteban Bohr, de David Gates, de Gambetta, de Vladimir Polanco, de Arnaldo Cruz, de Bullón». De los dos Bullones, porque tenemos Bullón duplicado: el Bullón antiguo y el Bullón hijo, con las mismas herejías repotenciadas. Quieren andar por las sendas de la apostasía.

Otros quieren las sendas judaizantes, aquella senda que los apóstoles rechazaron —no vamos a guardar fiestas ceremoniales, no vamos a guardar la ley de Moisés, no vamos a circuncidarnos—: la senda de los falsos judíos, de los que se dicen ser judíos y no lo son. O la senda de los davidianos, que son inventos de su profeta. O la senda de la falsa reforma adventista, o la de los disidentes que llevan al extremismo la salida al campo y la reforma pro salud.

Conclusión

No seamos como ellos, sino como la primera parte del versículo: preguntemos por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andemos por él. Que el Señor nos bendiga y nos ayude a tomar esta decisión: seguir reformando, preguntar por las sendas antiguas y andar por ellas, hasta que el día sea perfecto.

F.F. Bastidas

FELICIDAD QUE NO DEPENDE DE LAS CIRCUNSTANCIAS

«Bienaventurados los que lloran: porque ellos recibirán consolación».
— Mateo 5:4

Hay preguntas que parecen tener una respuesta demasiado sencilla. Esta es una de ellas: ¿quieres vivir feliz y morir con esperanza?

Seguramente responderás que sí. Entonces, considera esta afirmación: «Para vivir y morir feliz, una persona debe creer en el Señor Jesucristo».

¿Amén? ¡Por supuesto! Necesitamos creer en nuestro Salvador. Pero hay algo que debemos comprender antes de dar por terminada nuestra reflexión.

¿Significa creer en Cristo que siempre nos sentiremos felices? ¿Que nunca lloraremos, que no tendremos angustias y que nuestra vida estará libre de dificultades?

Aquí es donde debemos detenernos. Porque una cosa es encontrar en Cristo nuestra esperanza y otra muy distinta es pensar que la religión existe principalmente para hacernos felices.

¿Buscamos a Dios porque lo amamos o porque esperamos que nuestra vida sea más agradable?

La respuesta a esta pregunta revela mucho más de lo que imaginamos.

Cuando el yo ocupa el centro

Jesús declaró:

«Si me amáis, guardad mis mandamientos».
— Juan 14:15

Observemos el orden: primero, el amor; después, la obediencia. Cristo no dijo: «Si queréis evitar los problemas, guardad mis mandamientos». Dijo: «Si me amáis».

La verdadera obediencia nace del amor, no de la búsqueda constante de nuestro propio bienestar.

Pensemos por un momento. Si servimos a Dios solamente porque esperamos recibir bendiciones, ¿qué sucederá cuando lleguen las dificultades? Si nuestra fidelidad depende de sentirnos bien, ¿qué ocurrirá cuando las circunstancias dejen de ser favorables?

Quizá descubramos que no estábamos buscando tanto al Señor como aquello que esperábamos recibir de Él.

Jesús nos dejó un ejemplo perfecto cuando declaró:

«Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra».
— Juan 4:34

Su prioridad no era la comodidad personal, sino cumplir la voluntad de su Padre. Y cuando le preguntaron cuál era el mayor mandamiento, respondió que debíamos amar a Dios con todo nuestro corazón y a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mateo 22:37-39).

Aquí encontramos el principio de la verdadera religión: amar a Dios por encima de nosotros mismos y procurar el bien de nuestros semejantes.

Por supuesto, el Señor nos presenta la esperanza de la vida eterna y nos advierte acerca de las consecuencias del pecado. Pero la recompensa y el temor al castigo no deben ocupar el lugar que corresponde al amor.

La pregunta es inevitable: ¿amaríamos a Dios si nuestra vida no fuera tan cómoda como deseamos?

La verdadera fe no convierte a Dios en un medio para conseguir nuestros objetivos. Nos enseña a reconocerlo como nuestro Señor y a vivir para su gloria. Por eso, Pablo escribió:

«Si pues coméis, ó bebéis, ó hacéis otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios».

— 1 Corintios 10:31

No fuimos llamados a vivir exclusivamente para nuestra propia satisfacción. Fuimos llamados a glorificar a Dios.

Cuando llegan las lágrimas

Pero existe otro peligro. Si creemos que la felicidad es siempre el resultado inmediato e inevitable de nuestra fe, tarde o temprano nos sentiremos desanimados.

¿Por qué? Porque las dificultades llegarán. Jesús nunca ocultó esta realidad a sus discípulos. Les dijo:

«En el mundo tendréis aflicción: mas confiad, yo he vencido al mundo».

— Juan 16:33

Notemos cuidadosamente sus palabras. No prometió que nunca tendrían aflicción. Les aseguró que podían confiar en Él aun cuando la aflicción llegara.

Esta diferencia es fundamental. El cristianismo no consiste en vivir sin dolor, sino en conocer a Aquel en quien podemos confiar durante el dolor.

Isaías describió a nuestro Salvador como un «varón de dolores, experimentado en quebranto» (Isaías 53:3). ¿Significaba su sufrimiento que el Padre había dejado de amarlo? ¡De ninguna manera!

Jesús permaneció fiel en medio del dolor. Y advirtió a sus discípulos que, así como lo habían perseguido a Él, también los perseguirían a ellos (Juan 15:20).

Pablo comprendía esta realidad. Cuando los creyentes de Tesalónica atravesaban aflicciones, les escribió para que no se dejaran mover por ellas, pues sabían que tendrían que enfrentarlas (1 Tesalonicenses 3:3). No los preparó para una vida sin dificultades, sino para permanecer firmes cuando estas llegaran.

Por eso pudo describir la experiencia cristiana con estas palabras:

«Como entristecidos, mas siempre gozosos».

— 2 Corintios 6:10

¡Qué contraste tan hermoso! Es posible estar entristecidos y conservar la esperanza. Es posible llorar y continuar creyendo. Es posible atravesar una prueba sin comprenderla y, aun así, permanecer fieles a Dios.

Job perdió sus bienes, sus hijos y su salud. Su sufrimiento fue extraordinario. Sin embargo, declaró:

«Sea el nombre de Jehová bendito».

— Job 1:21

No pronunció estas palabras porque su situación fuera agradable, sino porque Dios seguía siendo digno de confianza.

Las lágrimas no demuestran necesariamente falta de fe, así como una sonrisa no demuestra por sí sola una fe profunda.

Nuestra esperanza no debe descansar en cómo nos sentimos cada día, sino en quién es Dios y en sus promesas.

La tranquilidad no siempre revela la verdad

Ahora consideremos el peligro contrario. Si las dificultades no demuestran necesariamente que Dios nos ha abandonado, ¿significa que una vida tranquila demuestra que Él está complacido con nosotros?

Tampoco.

El salmista, en el Salmo 73, se turbó al contemplar la prosperidad de los impíos. Parecía que ellos disfrutaban de una vida tranquila, mientras él atravesaba dificultades. Pero al considerar el asunto desde la perspectiva de Dios, comprendió que las apariencias no revelaban toda la realidad (Salmo 73:16-17).

Había estado mirando la prosperidad de aquellos hombres sin considerar su destino.

¡Cuántas veces podemos cometer el mismo error! Vemos a alguien que prospera y suponemos que todo está bien en su vida espiritual. Vemos a otra persona atravesar dificultades y pensamos que algo debe andar mal entre ella y Dios.

Pero ¿quién nos ha dado autoridad para juzgar la condición espiritual de una persona solamente por sus circunstancias?

La prosperidad no demuestra por sí sola la aprobación divina, así como el sufrimiento no demuestra por sí solo su rechazo.

La Escritura también declara:

«Porque el Señor al que ama castiga».

— Hebreos 12:6

Dios disciplina a quienes ama. Esto no significa que toda enfermedad o dificultad sea un castigo por un pecado específico, sino que el Señor puede utilizar las pruebas para corregirnos, educarnos y fortalecer nuestro carácter.

Por otra parte, Pablo escribió:

«Y también todos los que quieren vivir píamente en Cristo Jesús, padecerán persecución».

— 2 Timoteo 3:12

Una persona puede experimentar oposición precisamente porque desea permanecer fiel a Dios.

Por tanto, no debemos medir nuestra relación con el Señor por la comodidad de nuestra vida. La pregunta no es simplemente si todo nos está saliendo bien. La pregunta es si estamos caminando con Dios, si obedecemos su Palabra y si permitimos que transforme nuestro carácter.

El sentimiento no es el fundamento de nuestra esperanza

Hay algo más que necesitamos comprender. Una muerte tranquila no demuestra por sí sola que una persona haya vivido piadosamente ni garantiza su destino eterno.

El salmista observó que algunos impíos llegaban a la muerte sin grandes angustias (Salmo 73:4). Por otro lado, un hombre fiel como Ezequías experimentó profunda angustia al saber que iba a morir (2 Reyes 20:1-3).

Las apariencias no lo dicen todo. Tampoco nuestros sentimientos pueden ser el fundamento definitivo de nuestra confianza.

Hoy podemos sentirnos fuertes y mañana débiles. Hoy podemos experimentar paz y mañana atravesar una angustia profunda. ¿Significa eso que Dios ha cambiado?

¡No! Nuestra seguridad debe descansar en su Palabra, no en las fluctuaciones de nuestras emociones.

En medio de su terrible prueba, Job pudo declarar:

«Yo sé que mi Redentor vive».

— Job 19:25

Observemos lo que dijo: «Yo sé». No afirmó que su Redentor vivía porque todo le estaba saliendo bien. Su confianza descansaba en su Redentor, no en sus circunstancias.

Y nosotros también podemos tener esa seguridad.

Apocalipsis 14:12 describe a los santos como aquellos que guardan los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús. Primera de Juan 2:3 añade que conocemos al Señor cuando guardamos sus mandamientos.

Nuestra obediencia no compra el amor de Dios; es una respuesta a ese amor. Cuando confiamos en Cristo y caminamos conforme a su Palabra, podemos tener la seguridad de que estamos procurando agradarle, aunque nuestras circunstancias sean difíciles o los demás no reconozcan nuestro valor.

La verdadera seguridad cristiana no consiste en sentirnos siempre felices, sino en conocer a nuestro Redentor y permanecer fieles a Él.

¿Qué estamos buscando realmente?

Volvamos a la pregunta del principio: ¿queremos vivir felices y morir con esperanza?

¡Por supuesto! Pero ahora comprendemos que no debemos convertir la felicidad personal en el objetivo supremo de nuestra religión.

Jesús dijo:

«Bienaventurados los que lloran: porque ellos recibirán consolación».

— Mateo 5:4

El mundo suele considerar felices a quienes no tienen problemas, a quienes poseen abundancia y a quienes disfrutan de tranquilidad. Pero Cristo también llama bienaventurados a los que lloran, porque sus lágrimas no tienen la última palabra.

No debemos buscar el sufrimiento ni considerar que la tristeza sea buena por sí misma. Debemos aprender que incluso en medio del dolor podemos confiar en Dios y esperar sus promesas.

La verdadera bendición consiste en conocer al Señor, amarlo y vivir para su gloria.

Por eso, quizá nuestra oración deba ser más profunda que simplemente pedir: «Señor, hazme feliz». Podríamos decir:

«Señor, enséñame a amarte cuando las cosas vayan bien y cuando vayan mal. Ayúdame a obedecerte cuando sienta alegría y cuando mi corazón esté triste. Que mi vida no dependa de las circunstancias, sino de mi confianza en ti».

Y ahora, querido lector, considera estas preguntas:

¿Amas a Dios solamente por las bendiciones que recibes, o porque Él es digno de tu amor?

¿Seguirás confiando en Cristo cuando lleguen las pruebas?

¿Estás dispuesto a buscar la gloria de Dios por encima de tu propia comodidad?

La verdadera religión no consiste en utilizar a Dios para alcanzar nuestra felicidad personal. Consiste en amarlo, confiar en Él y permitir que su voluntad gobierne nuestra vida.

Porque llegará el día en que ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor (Apocalipsis 21:4). Entonces comprenderemos plenamente la bienaventuranza que hoy contemplamos por la fe.

Hasta ese día, nuestra seguridad no estará en una vida libre de dificultades, sino en la promesa de nuestro Salvador.

No busquemos a Dios solamente para ser felices. Busquémoslo porque lo amamos. Y cuando lleguen las lágrimas, recordemos que nuestro Redentor vive.

Que nuestra mayor aspiración no sea simplemente sentirnos felices, sino vivir de tal manera que nuestra vida glorifique a Dios. Amén.

Anciano Freddy F. Bastidas

F. F. B.

AntorchaProfetica.site

LA VERDAD PRESENTE

ESTUDIOS BÍBLICOS



¡NUEVO LIBRO!

Los Estudios Bíblicos de los Pioneros…

Ahora en Español

Solicítalo GRATUITAMENTE
al +34.650.86.38.11

